

# JOSÉ ÁNGEL CUEVAS/ Maxim / Otro Rock en Sepia.

Yanko González

*«Este poeta crea con escasa mecanización programática, aunque lo aparente. Es esto lo que le confiere fluidez y veracidad a su poesía, esencia de esta propuesta conversacional.»*

uno

José Angel Cuevas, ex-poeta. Emparentado con el lenguaje coloquial de Parra, supo encontrar el frente temático por donde transitar con su escritura y pudo plasmarse haciendo una mirada retrospectiva, un relato con muchos aportes para toda su generación, pero también, para cualquier lector joven que no vivió las décadas «revolucionarias». Su discurso dialoga notablemente con los referentes intrahistóricos —hechos cotidianos— de la coyuntura social del paisaje chileno. Su voz se articula nostálgica en torno a ese pasado glorioso de los movimientos sociales emancipadores, del hippismo latinoamericano, del rockero marxista-leninista, abocado en las causas de «Las Muchedumbres»; enredado en la causa del otro, proyectado, jugado completamente, para ser cerceado, junto con una multitud de jóvenes como él en aquel entonces, por el golpe de Estado.

Su lírica, viene a tocarnos la campana recursivamente, desde la metafísica del cotidiano y sobre un pasado que intentamos apartar a punta de TV cable. Sus poemas son el campanazo de conciencia a muchos que torcieron el camino sin cuestionar nada, conspirando al son del poder que les venía hacia las manos. Cuevas los llama por su nombre, les dice que se acerquen al asado, a las marchas por la Alameda, los interroga sobre su prestigiado puesto en el ministerio. Hay nerviosismo y Cuevas sigue riéndose en el restaurante, mascando un pernil de ají y pipeño, con de Rokhiano oficio.

Son tan notables algunos poemas que se transformaron

\* Maxim. Carta a Los Viejos Rockeros. Ed. La Calabaza del Diablo, 2000.

en un hito para todo un segmento de la historia reciente de Chile, hablo de *De lo desgraciadamente ocurrido entre un exiliado interior y un retornado*, que se convirtió en la marsellesa de los exiliados «internos». Porque en verdad, la poesía de Cuevas, es el aliento de muchos que vivieron el encierro, por eso sus referentes y sus lectores aparecen donde nadie se los espera. Los sumergidos, los paranoicos de persecución, y más que ellos, los que vivieron en dictadura cubiertos de sombra y polvo gris, pensándose como paseaban y sonreían en la arcadía por los dominios públicos. Y hablo de *Para qué quiero otro amor*.

¿Qué sucede con el lenguaje de Cuevas después de **Proyecto de País y Poesía de la Comisión Liquidadora**? Cuevas vuelve a refugiarse temáticamente en su lenguaje, debido a que aquellos libros, en mi opinión, no alcanzaron a darle una salida a su estrategia discursiva, y estuvieron desprovistos del vigor y rigor con que se acompañaron sus anteriores publicaciones.

## dos

Eso sucede en **Maxim, Carta a los Viejos Rockeros**. Cuevas retoma un paisaje íntimo parcialmente tematizado en sus anteriores libros, como es la paradoja dictadura-postdictadura a los ojos del (ex-) poeta (ex-) militante, pero de sobremanera, (ex-) rockero. (no confundir con rockanrolero). Es decir, renuncia a la exploración para volver a administrar la seguridad de su aliento.

El libro lo componen tres corpus, más el agradecimiento a Fundación Andes y amigos. El primero, *El Maxim abre sus*

*puertas* retrata con gran angular el contexto y foco de su palabra: el solipsismo torturador de la década de los 80' —la década perdida según CEPAL—, con toque de queda, farándula CNI y piscola. En medio, un rockero militante sobreviviendo entre perdedores y aturdidos, paseándose en soliloquio por la *Boite* mugrienta de la farándula milica. El corpus se abre con sendas cartas que le cantan con diálogos «interinos» al contraste neón / represión, agujereando como siempre a los ya tempranamente alienados:

*su cochina depresión no salvará a M. Juárez / el escribiente engominado / ex anarquista de la VOP / tipo arcaico / se gastó 45 millones en dos años / ¿En qué? Dirán Uds. / Güeviendo, haciendo fiestas para cien personas / en Casas de Masaje, Discotheque Gente Sucia, / regocijo y desorden, hablando de Pepé Derridá, / de que uno confunde ilusión con percepción / y tonteras por el estilo.*

Mientras, textos paralelos, en una primera persona modulada por el autor, despliega discursos de voces comunes, sobre experiencias de fusilamiento, sexo y desgano. Estos discursos se encuentran extraordinariamente amalgamados con los otros (cartas-poemas), lo que dificulta notablemente su lectura. Al parecer, el ahorro de papel perjudicó a la mayoría de los textos de este y los otros corpus, que se amontonan sin más separación que negritas y cursivas. En este corpus el lector se entera de lo que se aproxima, en especial con una par de poemas que logran la altura de sus libros anteriores, que incluso se mimetizan con ellos, como en *La Gente que volvió de France*, que ironiza con las pretensiones de una *Gordiflona Madonna's Ejeutive*, casi retornada, antimarxista e insaciable.

Cuevas re-instala el tono y el ambiente que le es propio como un comic autobiográfico, intentando textualizar el rock de los ochenta con la patética propaganda de DINACOS.

A ese punto, ya auguramos que el autor jugará con su fórmula del correlato historia oficial/ historia biográfica, que Cuevas lo maneja con originalidad, pues su destreza la sustenta un ojo inteligente, cínico en agudeza y corrosión. Sin embargo, aún promete capacidad refundadora de la vitalidad de su lenguaje, lo que apura la continuidad de la lectura.

### tres

El segundo corpus, *El Escenario*, hurga por los espacios velados de la escena rock-intelectual del período, avanzando hasta las postrimerías de la dictadura, dibujando escenarios repletos de punkis y metaleros, paráfrasis anestesiadas de su generación rockera subversiva, entre economía de chorreo y fiesta pop. De fondo órdenes de censura, allanamientos y falsos enfrentamientos en bloques *Portales* y *Olimpic Village*. De fondo un par de cachetadas a la escena literaria local:

*Yo tampoco tengo nada, me pagan los almuerzos./ Pero yo no estuve afuera./ 'algún día seremos leyenda' / repiten todos/ como loros.»*

Esta sección actualiza «históricamente» lo abordado por Cuevas, integra, con cierta tendencia demonizadora, a la sustitución generacional en torno al cambio, que recae en esos que no sufren contradicciones *hasta biológicas*: jóvenes. En esta perspectiva, sus cartas se alternan entre voces que recuerdan los rockeros detenidos o desaparecidos y los actuales, incluyen-

do a U2 y a los Chicago Boys, tutores del modelo neoliberal.

El tercer corpus, *El sacrificio*, aborda (auto)biografías intimistas de los sobrevivientes de la década perdida, utilizando como siempre, el contexto histórico total. En aquellas «vidas mínimas» es la efectividad nostálgica la que articula la unidad. Un texto destacado lo representa *Himno de Maturana*, que tiene el valor de ironizar el propio dolor y la argamasa con la que ha construido sus obras. Con un ritmo y rima aliterada se mofa de la muerte de *José Jofré*, como un mártir de la nada:

*¿Por qué se murió José Jofré? Tan bueno que era Él/ De Plaza Italia a la Estación todo lo lloran con emoción/ Ya no sé sabrá qué hacer sin Él / Rodrigo Maturana llegó / y lloró/ de abrigo y lentes gruesos lo abrazó/ José Jofré/ José Jofré tan bacán que era Jofré. / Todo está en la desconsolación, Todo está en la perdición. / Qué será de Él/ el pobre maricón. Oh Oh,*

Entre medio, se empinan algunos poemas minimalistas, con un exceso de pretensión: *del poeta se espera otra cosa que la banalidad/ del lenguaje ordinario*. Este exceso, se comete en las otras secciones, que creo intentan maquillar, rejuvenecer la estética de Cuevas.

En este sentido Cuevas parece vislumbrar que varios de los textos son débiles, más que por belleza y construcción, por redundancia. Y es obvio que el problema se sitúa en la eficacia de la fórmula, derivada a su vez, en su poética.

Desde el punto de vista estético o, más correctamente, anestético, Cuevas concibe el poema como una conversación anárquica, urdida con versos puentes de irregular tama-

ño e intensidad que conforman una unidad soldada sólo por su autoarquía y naturalidad, a contrapelo de alguna cadencia o musicalidad pegote. Esto, que Valente calificó en su momento como la «debilidad» de Cuevas, fue un interesante aporte, junto a Rodrigo Lira, para la poesía contestataria de la década del 80' y 90', clásicamente una lírica en exceso llorona, facilista y manida. Lo desgarbado del lenguaje de Cuevas le daba una singularidad valiosa y con aportes, que sumados a los tópicos poetizados en sus libros, generaba contrastes innovadores. Después de dos décadas, la anestésica de Cuevas tiende a desgastarse, a deslavarse de efectividad, de tersura. De allí la importancia de refundar su propia poética, lo que en el conjunto no logra, salvo —y nuevamente— a nivel de expansión tópica, dentro del macro tema unidad-popular/dictadura/postdictadura.

En esta línea es obvio que el poeta tiene logros evidentes. Textos notables lo constituyen *Carta 67*, *A los tipos de antes*, *Carta a los granujas*, y otros aquí citados. El mérito es por ello, el de revitalizar su textualidad, facturando poemas de calidad desde su (an)estética y solo opacado por cierta reiteración del «tono» poético.

Estos problemas son habituales dentro de quienes se sienten «dueños» de lenguajes con algo de originalidad y tiende a paralizar a muchos poetas que tienen la pretensión constante de autorefundarse. Algunos lo intentan furtivamente publicando adelantos en revistas o pequeños libros de circulación ultra-restringida. Cuando intuyen que hay aciertos e impacto, deciden hacer públicos sus «experimentos». No es

el caso de Cuevas, cuyo valor radica en la verdad y naturalidad en las que se asienta su obra. Este poeta crea con escasa mecanización programática, aunque lo aparente. Es esto lo que le confiere fluidez y veracidad a su poesía, esencia de esta propuesta conversacional. Así, la importancia de la refundación de una estética cede ante los aciertos de la continuidad, pero más que eso, antes los desaciertos de las voces engoladas, impostadas y taradamente inteligentes.

Quizás por ello, con **Maxim**, José Angel Cuevas retoma la ruta de su mejor poesía.